

**Revista de
Neuro - Psiquiatría**

Revista de Neuro-Psiquiatría

ISSN: 0034-8597

revista.neuro.psiquiatria@oficinas-
upch.pe

Universidad Peruana Cayetano Heredia
Perú

Alarcón, Renato D.

Humanismo, identidad y exilio en el texto Delgadano

Revista de Neuro-Psiquiatría, vol. 72, núm. 1-4, 2009, pp. 10-16

Universidad Peruana Cayetano Heredia

Lima, Perú

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=372036928003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Humanismo, identidad y exilio en el texto Delgadiano.

Humanism, identity and exile in Honorio Delgado's work.

Renato D. Alarcón¹

RESUMEN

Dentro de las muchas áreas cubiertas por el intelecto de Honorio Delgado, este artículo se ocupa de tres que reflejan el ecumenismo de su obra. Delgado enfocó al humanismo como fenómeno histórico-cultural liberador, como experiencia trascendente, como desiderátum moral y como creación antropológica. Identidad, sea ésta personal o colectiva implica autodeterminación y libertad y, en el caso del médico, providencia, predestinación, responsabilidad y derecho moral. Delgado incursionó también con originalidad en la identidad psico-histórica de la cultura peruana y latinoamericana. Finalmente, acerca del exilio, Delgado parece introducir sutiles elementos autobiográficos y ensalza el carácter constructivo del exilio personificado por la historia de Antonio Raimondi, para luego analizar lo que él llama “exilio interior” y “exilio moral” desde las perspectivas humanística y ética. (*Rev Neuropsiquiatr* 2009; 72:10-16).

PALABRAS CLAVE: Humanismo, identidad, exilio, pensamiento crítico.

SUMMARY

Within the many areas covered by Honorio Delgado's intellectual work, this article deals with three that reflect well his ecumenical perspective. Delgado focussed on humanism as a liberating historic/cultural phenomenon, as a transcending experience, as moral desideratum and as anthropological creation. Identity, be it individual or collective implies self-determination and freedom and, in the physician's case, providence, predestination and moral rectitude. Delgado also explored the psycho-historical identity of Peruvian and Latin American culture. Finally, writing about exile, Delgado seems to introduce subtle auto-biographical elements and lauds the constructive perspective of exile personified by Antonio Raimondi, before analyzing what he calls “inner exile” and “moral exile” from the humanistic and ethical perspectives. (*Rev Neuropsiquiatr* 2009; 72:10-16).

KEY WORDS: Humanism, identity, exile, critical thinking.

¹ Titular de la Cátedra Honorio Delgado, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú. Profesor de Psiquiatría, Mayo Clinic College of Medicine, Rochester, Minnesota, Estados Unidos. Dirección electrónica: alarcon.renato@mayo.edu; renato.alarcon@upch.pe

INTRODUCCIÓN

Una virtud fundamental en todo aquel que se quiera llamar maestro es su capacidad de generar ideas que, a su turno, incitan al diálogo fructífero y perdurable. En Honorio Delgado, otro arequipeño y peruano universal, Víctor Andrés Belaúnde, encontró además “un alma generosa y fraterna, amplias perspectivas espirituales, inmensa erudición, sólido talento y acendrada caballería” (1). Más aún, Delgado hizo posible el acopio de “confidencias intelectuales” de su amigo, es decir un encuentro vibrante que fue también trasiego enriquecedor. A 40 años de su muerte, el maestro sigue aun forjando reflexiones, incitando diálogos e inspirando discipulados perpetuos.

Sin otros merecimientos que el compartir con Delgado mi arequipeñidad, mi amor por la psiquiatría y el incambiable privilegio de su magisterio otoñal en la vieja Clínica Santa Clara, en Ate-Vitarte, que él dirigía al lado de don Julio Oscar Trelles, me propongo explorar, arañar apenas la superficie de tres ideas que me han preocupado desde siempre, en tanto que meditadas por la poderosa mentalidad y escritas por la elegante pluma del maestro. No es un análisis filosófico, un estudio lingüístico o una indagación clínica; es más bien la curiosidad atrevida por saber lo que Delgado ha dicho en torno al humanismo, la identidad y el exilio.

Humanismo

“...un esfuerzo por rescatar el conocimiento humano de la opresión autoritaria y por reivindicar su libertad...el primer intento histórico orientado a la construcción de un cuerpo de conocimiento que respondiera a las exigencias cotidianas de la vida privada y pública del ser humano y que pudiera servir, por lo tanto, como instrumento efectivo en el enfrentamiento de su futuro...un esfuerzo por romper con el pasado y abrir al hombre la posibilidad de un tipo de vida diferente...” (2)

Si se quiere resumir la esencia de un humanismo bien vivido, bastaría un repaso de la biografía de Honorio Delgado. Sus escritos sitúan al hombre en el centro de una preocupación intensa ante las amenazas de su desubstanciación (3). Consciente de la exquisita fragilidad del espíritu humano frente al arrollador avance de la técnica, Delgado temía y censuraba con pasión toda señal de inautenticidad, “ese vulgar y lamentable estampado humano, a menudo encubierto y tendencioso”. El humanismo es “labranza personal” que

lleva a la universalidad “en la singularidad del propio ser individual, de la eternidad y autonomía de las esencias en su particular existencia temporal y condicionada” (4).

Delgado enfocó el humanismo como coronación de madurez espiritual, resultado final de un proceso que hermanaba y oponía a “la intuición y la crítica” para alcanzar sabiduría, verdad y trascendencia. Pero entraña también “el ejercicio de la razón...(que)...alimenta el anhelo humano de certeza absoluta o por lo menos de creencias que den sentido y orientación a la existencia” (4). De allí el valor de ideas e ideales en el devenir humanístico “configurando en parte el destino de las personas y la marcha histórica de los acontecimientos colectivos”.

En *De la cultura y sus Artífices*, para muchos probablemente su obra escrita mejor lograda, aparte de sus textos psiquiátricos, Delgado articula su concepción de humanismo en la trayectoria de varios personajes que fueron, sin lugar a dudas, sus héroes intelectuales (4). Entre muchos, nos habla de Gracián y su concepción del “hombre de bien...que rige su existencia por los más altos propósitos, sensible a lo bueno y más a lo muy bueno”, aquél cuya superioridad “no se cifra en tener ni en aparentar, sino en ser”. Nos habla de Karl Jaspers, humanista por excelencia, para quien “la entidad del hombre está allende su ser empírico, en una dimensión trascendental, en la que se confunden la fe en lo absoluto con el hontanar de lo intrínseco”. Y nos habla de Castiglione para quien “la existencia y la acción son demanda responsable frente a la realidad de los fenómenos, fundamento y asidero del mundo; frente a la realidad del propio ser personal, substancia inextinguible del esfuerzo; frente a la realidad del misterio, fuente de posibilidades de trascendencia y de ahonde en lo infinito”.

El humanismo como fenómeno histórico-cultural liberador, como experiencia trascendente, como desideratum moral y como creación antropológica ocupa pues lugar prominente en la obra delgadiana. No podía faltar, por lo tanto, en su personalización profesional en tanto que expresión práctica de una manera de ser y de hacer: el ejercicio de la medicina. El “don de humanidad y abnegación” entraña una actitud cordial de acercamiento al doliente para cuidarlo y servirlo. En tanto que ente anímico y ser espiritual, más allá y por encima de su caparazón biológica, el hombre engrana el mundo exterior “con el mundo inmaterial de las esencias, los valores y las exigencias, que sólo

adquieren sentido gracias a la capacidad de comunicación verbal, de concebir ideas e ideales, de actuar y producir con la conciencia de la propia libertad y con la convicción de una objetividad metaempírica” (4). Por ello, por su armoniosa concepción de humanismo como estado espiritual, deber moral y praxis redentora, la mejor definición que de él nos da Delgado figura en su elogio de otro médico. A la muerte de Albert Schweitzer, en 1965, Don Honorio escribió:

“...una exigencia de pujanza, fecundidad y extensión extraordinarias se caracteriza esencialmente por oponer al desmedro de la conducta reinante, la voluntad de elevación moral fecunda en la actitud reverente frente a la vida. En vez del subjetivismo infecundo y de la relatividad de todo, cuyas consecuencias últimas son el nihilismo nivelador y la inseguridad universal, Schweitzer predicó y practicó con amor y convicción esclarecidos la consumación del ser personal merced al trabajo interior de dar vigor de actualidad al elemento prístino, misterios y creador, ínsito en la virtualidad trascendental del hombre” (5).

Identidad

“La tarea de entender lo que es identidad puede ser abordada desde dos perspectivas: la de su contexto externo o la del self interno. Religión y moral pueden ser un paradigma contextual efectivo de la identidad ya que proveen respuestas firmes y presumiblemente confiables a los problemas y las decisiones que plantea la vida; no hay entonces necesidad de metacriterios personales....(Por otra parte) se considera que el self interior es masivo, estable y continuo, singular, vitalmente importante, real y difícil de conocer. Se presume que contiene pensamientos, emociones, intenciones, rasgos de personalidad, capacidades latentes, fuentes de creatividad, ingredientes de auto-satisfacción....Los contenidos del self se refieren entonces a algunos fenómenos reales y a otros que de ninguna manera existen” (6).

El tema de la identidad no podía ser ajeno al interés omnisciente de Honorio Delgado. El maestro definió el concepto, estudió su formación, lo aplicó a situaciones y personajes concretos y, por cierto, delineó elocuentemente la identidad del médico. La identidad es o puede ser idea maciza o noción atomizada, sello regio o caos impenetrable, engendro y suposición individual o creación colectiva. En relación a esto último, es menester recordar con Buber que “no hay meramente una especie humana sino también pueblos, no meramente un alma humana sino también tipos y

caracteres, no meramente una vida humana sino también estadios en la vida” (7). Y para Delgado, esa “relación del pasado con el porvenir plasma la vocación del hombre en el mundo, la orientación singular de su personalidad” (8), es decir la identidad como concepto enterizo, vinculador, permanente pero dúctil en la mutua y perenne relación entre individuo y sociedad.

Esta conceptualización dinámica de identidad es crucial en el examen delgadiano del tema, “A despecho de la variedad y renovación de nuestra vida -escribe- siempre somos la misma persona, idéntico sujeto. La propiedad fundamental se conserva invariable a través del tiempo y las vicisitudes; a través de la evolución, las transformaciones y las crisis de nuestro ser psicofísico”. Lo capital de la identidad personal “es la dirección cualitativa ajeno al mero recordar”, a pesar de lo cual “no todo es personal en la persona”; lo que le da carácter original “es la presencia de potencias germinales que se incorporan a nuestro vivirnos”: el devenir (4,8).

Dentro de lo que podríamos llamar elementos constitutivos de la identidad personal, Delgado menciona una visión que abarque el despliegue de las disposiciones más características, un sentimiento inequívoco del ritmo y el tono singular del alma, una imagen viva de las peculiaridades de la relación del hombre con su mundo concreto y con el mundo de sus ideales y una medida de la energía manifiesta en la manera de ser autónomo o heterónimo en las situaciones más significativas para el destino personal. Esto último es la autodeterminación: la identidad, “fuente de los actos libres y trascendentes del hombre, es primeramente posibilidad de realizaciones” (8, 9).

En esta forja de la identidad personal “la evolución óptima es de la extrema dependencia en la infancia a la máxima autonomía en la madurez”. Delgado suscribe la noción jaspersiana de que “el hombre, ser complejo, descabal, inarmónico y psicomáquico, tiene ansia de unidad, ansia que es anhelo, inquietud, congoja y también posibilidad de trabajo interior y de revelación de sí mismo”, esto es, creación de identidad. Y nos dice que “más que resoluciones y propósitos concebidos apretando las mandíbulas y los puños, lo eficaz es la contemplación de la imagen que se desea ver encarnada en uno mismo” (9). En ese sentido, identidad es una interpretación del yo, una manera de definirse y conocerse, el descubrimiento y la culminación de nuestra potencialidad en tanto que individuos singulares.

En el campo colectivo, Delgado recurre al análisis del mito como fuente y reflejo “de todos los aspectos y modos de ser del pueblo y de las manifestaciones individuales”, expresión consolidada de una identidad comunitaria resultado de historia grupal y experiencias individuales co-ordenadas por acciones y destino. En explicación antropológico-cultural de gran mérito didáctico en torno a un pasaje crucial en la forja de la identidad peruana, iniciada con la fundación del Cusco por Manco Cápac afirma, con pasión y convicción apenas contenidas, que el mito de los hermanos Ayar “lejos de implicar una mera versión fabulosa del origen de los emperadores del antiguo Perú, nos presenta innumerables relaciones acerca de la constitución de la familia y de la sociedad primitiva; y no avanzamos mucho en su sentido y función organizadora si no consideramos el aspecto del culto a Huanacauri; y la contraparte evocadora de los ritos de la iniciación, o Huarachico, no solamente nos hace palpar de cerca el totemismo –con la lucha de las generaciones, los sacrificios y los residuos matriarcales y la magia, sino que nos ofrece todo un mundo de experiencia religiosa plena de elevación y ascetismo y de disciplina social viva y operante....de una cultura única por sus caracteres y modalidades pertinentes” (10,11). Y traslada finalmente sus planteamientos sobre la identidad al terreno filosófico, con una esperanzada invocación americanista: “Tal vez en América se esconden reservas de pensamiento virginal, recompensa posible para metafísicos amantes de la aventura de rejuvenecer la visión del ser trasminando lo arcaico”.

Delgado va más allá aún en su esbozo de una identidad colectiva para los países iberoamericanos: “El futuro próspero de estos pueblos -escribe- ligados por la religión, el idioma, la raza, el suelo y la tradición común, depende forzosamente de un perfecto entendimiento entre ellos....con la exaltación de la conciencia de un destino compartido”. El conocimiento mutuo de nuestros pueblos, añade, “se cumplirá en la medida en que cada uno logre hacerse cargo de su verdadera entidad, de sus valores autóctonos, de sus realizaciones y de sus aspiraciones...”. Muy pocas veces se ha descrito mejor la idea de una identidad social acabalada para nuestro continente (12).

En cuanto a la identidad del médico, Delgado la sitúa “en el cuádruple poder que lo aproxima a la Divinidad”: la providencia de su saber que le permite desentrañar el proceso de la enfermedad; la predestinación que introduce un orden terapéutico; la libertad creadora y responsable en la toma de decisiones; y la delineación

del bien y del mal “a la que debe las luces de su derecho moral”. El “humanismo médico”, un postulado integrado e integral de Delgado, es concebido como una armoniosa consolidación de estado espiritual, deber moral y praxis redentora. Ser médico, nos dice, significa poseer “el don de la humanidad, una suerte de sensibilidad y simpatía para el ser de cada hombre enfermo, a quien se comprende y se atiende tanto por sí mismo, en su situación concreta, cuanto como prójimo, semejante y copartícipe del destino común, colocado en el tiempo frente a la vida, frente a la muerte y frente a lo espiritual e imperecedero” (9).

La perspectiva delgadiana en torno al tema de la identidad es, pues, ecuménica y verdaderamente multidisciplinaria. Su fibra de pensador nato abarca con arte y ciencia lo nuclear del concepto en la esfera psicológica individual y lo extiende a los límites de la filosofía de la existencia. La identidad radica, con mucho, en la continuidad del yo, escenario en el que se dan a la vez la autoconservación y la autodiferenciación. “La vida personal – nos dice – es una sinfonía que cambia constantemente y sin embargo es una y la misma....en una especie de síntesis dinámica y de perseverancia formal a través del tiempo” (4,8).

Y Delgado, el humanista, concatena esta su vocación fundamental con su faz de magisterio socrático para brindarnos la esencia de su concepción de la identidad en este bello pasaje que nos recuerda también a su dilecto amigo, Pedro Laín Entralgo (13):

“...en aquél cuya tabla de valores se expande por lo alto, al que pertenecen el verdadero amor, el artista, el investigador, el héroe y el santo....quien se da de preferencia a los valores de las cosas por sí mismas, de las personas, de la naturaleza, del espíritu, vive la duración de manera profunda. En el fluir de su existencia alternan momentos de elevación, de plenitud y entusiasmo en que el tiempo le ofrece todo lo que puede darle, incluso la trascendencia de lo temporal, con momentos triviales, vacuos, negativos. La estructura peculiar de su devenir no es ni el abandono ni la prisa, formas de la temporalidad vulgar, sino la tensión, forma creadora propia de la duración fructífera” (5,9).

Exilio

1. Separación de una persona de la tierra en que vive// 2.Expatriación generalmente por motivos

políticos// 3. Efecto de estar exiliada una persona// 4. Lugar en que vive el exiliado (14).

1a. Remoción forzada de una persona de su país de origen//Expulsión del hogar//Prohibición del retorno.

1b. Ausencia voluntaria de una persona de su país de origen.

2a. Persona expulsada de su país por las autoridades.

2b. Separarse a sí mismo de su hogar.

3. Devastación, ruina, pérdida.

4. (Arcaísmo) Magro, delgado, escaso, ligero de peso, pobre (15).

El *opus* delgadiano no se ocupa específicamente con el tema del exilio, menos aún con el que entraña el significado más manido de este término: la expatriación por motivos políticos, la remoción forzada. Las definiciones de diccionario, sin embargo, amén de la lectura cuidadosa de varios textos del maestro y la marca del humanismo moral como fuerza rectora fundamental de toda su obra, permiten explorar el tema desde nuevas perspectivas. Éllas abarcan, de un lado, el carácter voluntario de la separación o del alejamiento del hogar o de la patria, y de otro, lo que podría llamarse el “exilio interior” o “exilio moral” implícito en la alienación degradante y contrapuesto a la autorealización valorativa que Delgado predicó y personificó con galanura.

El primer enfoque tiene tanto basamento biográfico como documentación escrita. Delgado emprendió una suerte de exilio cuando a los 22 años dejó su Arequipa natal -luego de obtener su Bachillerato en Ciencias Naturales en la Universidad de San Agustín- para continuar sus estudios de medicina en Lima. El hecho de que no hubiera otra Facultad de Medicina en el país no disminuye el impacto de la separación del hogar paterno y del escenario familiar y bucólico de la Arequipa de las primeras décadas del Siglo XX. Su estancia en Lima, tal como la describen Losada y Puga y Valega, en la crónica de Mariátegui (11), reflejó fundamentalmente la persistencia tenaz del legado moral y conductual de su familia, tal vez si como recurso protector y defensivo ante los embates de la capital, ciudad extraña, de escarceos mundanos, de informalidades provocadoras. Su brillo intelectual y su capacidad de trabajo hicieron de este exilio etapa decisiva en una trayectoria inspiradora e histórica.

No extraña entonces que el comentario más decidor de Delgado en relación al tema del exilio tenga un carácter positivo, optimista, pleno de admiración

evocadora hacia el personaje protagónico. Me refiero a sus entusiastas artículos sobre Antonio Raimondi (10,11), el naturalista y científico italiano que recorrió el Perú por espacio de 40 años, escribió una obra clásica y acuñó una frase célebre (“El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro”) por lo que tiene de promesa y de desafío histórico. Al aclarar que Raimondi, a los 24 años, “no emigra por casualidad al Perú ni se expatria por obra de circunstancias políticas”, Delgado señala sin ambages el carácter voluntario de este exilio. El pasaje que describe “un vago pesar” despertado en Raimondi por la mutilación de que fue objeto un viejo *Cactus peruvianus* en el Jardín Botánico de Milán y que “hizo nacer en él la primera simpatía hacia el Perú” tiene el triple simbolismo de la “atracción telúrica del lejano y legendario suelo”, el dolor de una culpa colectiva y la necesidad de una reparación redentora. Pero el exilio de Raimondi es constructivo, es de búsqueda (“explorar y estudiar esta tierra de promisión”, nos dice Delgado), es de “leal generosidad”. Los hazañosos viajes de Raimondi a lo largo y ancho del Perú “son los más felices en la existencia del apasionado descubridor de horizontes”, del ilustre exiliado voluntario (4,8).

Pero hay más en la historia de este exilio. Delgado nos dice que Raimondi viene al Perú “lleno de amor ardiente al mundo encantado del trópico”: exilio como afán de exploración, como carta de ciudadanía universal. Delgado evoca al Raimondi “cuya relación con el ambiente no es abstracta sino personal y entrañable...lo vive como paisaje con fisonomía que habla a su alma”: exilio como obra de ternura, como introspección y entrega de pasión y de espíritu. El Perú “es el principio y el fin” de la existencia de Raimondi que trabajó en nuestro país por cuatro largas décadas para darle, de acuerdo a Delgado, “la conciencia de su propia fuerza...(pues)...no es sólo el revelador del Perú en el sentido del conocimiento positivo sino también y en modo relevante, el incitador a realizar sus más auténticas posibilidades”: exilio como ejercicio de trascendencia personal. (12)

Y Raimondi mantuvo su condición de exiliado porque no dejó de ser italiano. En la dedicatoria de su obra maestra, escuetamente titulada *El Perú*, se dirige a los “jóvenes peruanos” con el tono amigable y afectuoso del que aún se considera afuerino, les habla de la riqueza del país “que he adoptado por segunda patria” y los exhorta a que saquen a la luz “los inmensos caudales que yacen ocultos en vuestro suelo nativo”. La historia de Raimondi representa pues, en el texto delgadiano,

una forma de exilio extraordinariamente singular y valiosa.

El segundo enfoque sobre este tema, implícito en la obra de Delgado, surge del venero moral que la informa. Es lo que llamo “exilio moral”, esa devastación, esa ruina, esa pérdida esencial a que alude la tercera acepción del término en el Diccionario Webster (15). Delgado habla de alienación, de “desorientación valorativa por pérdida de la fe” y allí radica lo esencial de esta interpretación de su texto. La saga de este tipo de exilio se articula en “los tres círculos de influencia formativa (o deformadora) de la personalidad: el hogar, las instituciones de enseñanza y la vida pública” (16,17). Este exilio es básicamente una pérdida de la brújula intra-personal, un alejamiento de las genuinas esencias humanas, una excursión a parajes ruinosos -más terrible aún porque son meandros interiores e interiorizados-, una escena de inclemente desolación.

El exilio moral es trágico. Delgado, clínico al fin, lo pinta como “una íntima insatisfacción que envenena la vida; un descorazonamiento capaz de llevar hasta el suicidio; un hedonismo desenfrenado...; una perversión de los instintos espirituales...”. Sus consecuencias revelan la infelicidad, el desajuste, la inemancipable condena de una alienación que es tanto intra- como interhumana. Delgado la describe con prosa lapidaria:

“Los hombres se desarraigan cada vez más de su suelo natal y olvidan sus usos y costumbres; el trabajo se realiza de ordinario sólo por necesidad material, sin amor a la obra ni lealtad con los fines de la empresa común, sin vocación verdadera, sin espíritu de gremio o profesión y sin buenas formas en las relaciones jerárquicas; las creencias y la fe dejan de ser principios originales, irreductibles radiaciones del arcano, potencias de vida fecunda y honda para ser tomadas como "mentiras convencionales" o sustituidas por "doctrinas secretas"; escritores sin medida ni responsabilidad moral e "intelectuales" cuya insipiente carece de la frescura y espontaneidad propias del analfabeto de buena cepa, víctimas todos del ejercicio de una falsa libertad, propugnan por doquier especiosas y ruines compensaciones de la luz que ellos han perdido o que no alcanzaron” (8).

COLOFÓN

Del intenso diálogo que el magisterio de Delgado suscitó durante su vida, hoy, a 40 años de su muerte y

por siempre en la historia de las ideas en el Perú y América Latina, sus pronunciamientos respecto a humanismo, identidad y exilio se despliegan en la madeja común de las convicciones plenas, el sello ético y la permanencia. La interacción de estos temas se da en el carácter central de un cultivo del hombre, mutidimensional sí pero coronado en el nivel espiritual (humanismo delgadano), buscándose en sí mismo y en su ambiente circundante para otorgarse un sentido y una dirección personal definida (identidad), realizándose lejos del suelo natal (exilio constructivo) o alienándose en los recovecos de una ruindad tímida (exilio moral). De este contexto, emerge la “categoría espiritual del binomio enfermo-médico”, característica última y valiosa del decoro de la condición humana que “concuerda con la nobleza del oficio encargado de combatir los desmedros de la naturaleza” (18)

La obra escrita de Delgado cubre con riqueza y abundancia todas las áreas de su interés académico, intelectual y humano (19). Publicó una biografía, *Sigmund Freud*, en 1927, expresión de su juvenil entusiasmo por el psicoanálisis y por la obra de su fundador. Con Mariano Iberico fue co-autor de *Psicología* (1933), libro seminal y de visionaria complejidad dentro de la literatura de habla española, con tres ediciones actualizadas en décadas siguientes. En el mismo año, ya en proceso de ruptura con el psicoanálisis y a manera de ingreso convencido en el terreno de la filosofía y la ética, escribió *La formación espiritual del individuo*. Otra obra histórico-biográfica, *Paracelso* (1941) consolidó su credo humanístico en el campo médico y en la acción clínica, seguido en 1943, por *La personalidad y el carácter*, una dilucidación conceptual profunda y armoniosa de la multifactorialidad de la estructura y el funcionamiento humanos. *El médico, la medicina y el alma* (1952) recogió su apasionado mensaje de integridad en la vocación del profesional, en su consideración del ser enfermo y en la necesidad de no olvidar los componentes psicológico, social, moral y espiritual del ejercicio médico. La primera de las siete ediciones de su legendario *Curso de Psiquiatría* vio la luz en 1953. En 1962 escribió *En torno al alma ajena*, texto en el que elaboró ideas acerca de la relación médico-paciente y la distinción entre enfermedad (fallido proceso biológico de adaptación, regulación y defensa), y dolencia (noción de “estar enfermo”, impresión perceptiva y emocional que depende de personalidad y temperamento). Dos de sus últimos libros reflejan con claridad casi profética, aspectos cardinales de su obra: una objetividad crítica que es a la vez demoledora y cabal en *Enjuiciamiento*

de la Medicina Psicosomática (1960) y su pasión por el saber y la sabiduría legados por figuras de inspiración perdurable, en *De la cultura y sus artífices* (1962).

Contribuciones profundas y originales de un arequipeño, un peruano y un latinoamericano universal, alguien que desempeñó de manera excepcional no un papel que inventó para sí mismo sino el papel que su destino, su época y su historia le asignaron. Su obra tuvo y tiene vigencia ecuménica por la solidez de sus ideas, el brillo de su magisterio y la inspiración inagotable de su mensaje vital (19,20). Delgado confirió profundidad y tersura a la psiquiatría de todos los tiempos, a la ciencia y al conocimiento, acentuó tanto los rigores de la ciencia como las pinceladas del arte y el toque vital de un humanismo y de una identidad plena. Fue austero, digno, cordial y generoso (1), apolíneo y arielista (21). Vivió, aún en sus minutos postreros, con la gracia y la dignidad que despojan de amargura a la existencia y hacen del buen morir una razón más para la perduración de una existencia ejemplar. Del maestro Delgado puede decirse, parafraseando a Gopnik (22) en su elogio de Richard Avedon, artista de humanidad profunda y acerada:

“.....examinar su vida es ver algo que realmente experimentamos como la trayectoria de un cometa: rompiendo barreras entre las esferas, destruyendo órbitas estáticas, portando goce, tornando atónitos y haciendo vislumbrar el portento de cambios a aquéllos que lo observamos desde abajo, y viniendo por fin a descansar en la tierra, aún pleno de luz”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Belaúnde VA. Memorias Completas. Tomo I. Lima: Ediciones de Ediventas; 1967
2. Wiener PP. (Editor). Dictionary of the History of Ideas. Studies of selected pivotal ideas. Vol. IV. New York: Charles Scribner's Sons; 1973.
3. Ferrater J. Diccionario de Filosofía. Madrid: Alianza Editorial; 1979.
4. Delgado H. De la cultura y sus Artífices. Madrid: Aguilar; 1961.
5. Delgado H. Contribuciones a la Psicología y a la Psicopatología. Lima: Peri Psyches Ediciones; 1962.
6. Baumeister RF. Identity. Cultural change and the struggle for Self. New York: Oxford University Press; 1986.
7. Buber Agassi J. (Editor). Martin Buber on Psychology and Psychotherapy: Essays, letters and dialogue. New York: Syracuse University Press; 1999.
8. Delgado H. Ecología, tiempo anímico y existencia. 2a. ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; 1993.
9. Delgado H. El médico, la medicina y el alma. 2ª. Ed. Barcelona: Editorial Científico-Médica; 1961.
10. Mariátegui J. (Compilador) Honorio Delgado. En: “El Comercio”. Lima: Empresa Editora “El Comercio” SA; 1992.
11. Mariátegui J. Elogio de Honorio Delgado y otras notas sobre su Centenario. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; 1993.
12. Alarcón RD, León R. (Editores). Tiempo, Sabiduría y Plenitud. Estudios sobre la vida y la obra de Honorio Delgado. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; 1996.
13. Laín P. Teoría y realidad del otro. Madrid: Alianza Editorial; 1988.
14. Real Academia de la Lengua Española. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Madrid; 1984.
15. Webster's. Third New International Dictionary. Cambridge Merriam-Webster company; 1986.
16. Delgado H, Iberico M. Psicología. 5a. ed. Barcelona: Editorial Científico-Médica; 1953.
17. Delgado H. Curso de Psiquiatría. 6ª. ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; 1993.
18. Delgado H. En torno al alma ajena. Lima: P.L. Villanueva Editores, 1962.
19. Alarcón RD. Vigencia del pensamiento de Honorio Delgado en la psiquiatría contemporánea. Rev Neuro-Psiquiatría 1982; 45: 127-151.
20. Alarcón RD. Honorio Delgado (1892-1969). En: Cateriano P. Editor. Veinte peruanos del Siglo XX. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas; 2009.
21. Mariátegui J. Honorio Delgado. En: Vidal G, Alarcón RD, Lolas F, (Eds.). Enciclopedia Iberoamericana de Psiquiatría Vol. I. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana; 1995. p. 184-185.
22. Gopnik A. Richard Avedon (Postscript). The New Yorker; October 11, 2004. p. 65. URL disponible en: http://www.newyorker.com/archive/2004/10/11/041011fa_fact2 (Fecha de acceso: setiembre del 2009).